

¿PUEDE UN DARWINISTA SER CRISTIANO?

CAROLINA MARTÍNEZ PULIDO *

Michael Ruse es un prestigioso filósofo de la Biología que ha publicado importantes trabajos sobre temas relacionados con la evolución de los organismos vivos. En el libro que ahora comentamos, el autor se define a sí mismo como un evolucionista convencido: "Creo que la evolución es un hecho y que el darwinismo ha triunfado". Empieza explicando, con la notable claridad y precisión que lo caracteriza, qué se entiende por darwinismo y cristianismo a efectos de poder compararlos. Inmediatamente después muestra su disconformidad con la idea de que su condición de darwinista implique necesariamente incompatibilidad con el pensamiento cristiano.

De esta manera, Ruse se incorpora a una antigua y acalorada contienda que en las últimas décadas se ha visto reflejada en posturas como la del famoso paleontólogo y gran divulgador científico -ya fallecido- Stephen J. Gould, y la del no menos célebre biólogo evolutivo Richard Dawkins. Recordemos. Gould defiende que ciencia y religión son magisterios independientes que, si se examinan adecuadamente, no se solapan, ya que poseen ámbitos de estudio distintos.



- ¿Puede un Darwinista ser cristiano? La Relación entre ciencia y religión
- Michael Ruse
- Siglo XXI, 2007

Mientras que Dawkins proclama con rotundidad que no puede aceptarse ningún compromiso entre el darwinismo y el cristianismo, pues el pensamiento evolutivo conduce necesariamente al ateísmo, ya que un universo que tuviera una presencia sobrenatural sería fundamental y cualitativamente diferente del universo real que describe la ciencia.

Consciente de que hay muchos evolucionistas que son cristianos y convencido de que hay diversas formas mediante las que se puede compatibilizar el cristianismo con la evolución, Ruse parece tener en la mente una especie de combinación, un teísmo evolucionista tantas veces invocado. Según esta noción, cabría imaginarse a Dios como el Creador inicial de un universo que desde entonces sigue el camino que le marcan las leyes de la naturaleza, sin que aparentemente se haya producido alguna significativa intervención divina. Sin embargo, el compromiso de la ciencia con una metodología naturalista exige asumir lo que Jaques Monod denominó el principio de objetividad de la naturaleza, que excluye la posibilidad de intervención divina o sobrenatural. La idea de Dios, por lo tanto, escapa del ámbito de la ciencia. Sumándonos al juicio crítico de expertos evolucionistas, creemos que la parte más original, ambiciosa, sorprendente y fallida del libro de Ruse es precisamente aquella en la que intenta conectar determinados principios cristianos con la teoría evolutiva.

En lo que a la especie humana respecta, el autor acepta que se trata de una de las millones de especies surgidas en el proceso evolutivo. Complejo proceso en el cual el azar, que es la fuente de la variedad genética, y la selección natural, que actúa como filtro de tal variedad, desempeñan papeles esenciales. Pero, pe-

se al reconocido protagonismo del azar en el proceso, Ruse piensa que un darwinista cristiano tiene derecho a interpretar que nuestra especie ocupa un nicho ecológico singular. Desde su punto de vista, los humanos seríamos el resultado inevitable del proceso evolutivo. Este razonamiento, sin embargo, revela una clara discrepancia con la teoría evolutiva actual, ya que ésta es intrínsecamente incapaz de predecir qué formas de vida se darían si la vida comenzara de nuevo en nuestro planeta, o en cualquier otro. Por tanto, el argumento de Ruse muestra aquí una evidente debilidad.

Por otra parte, el filósofo lleva a veces el razonamiento al terreno científico, cuando por ejemplo critica los milagros, con resultados amenazadores para la religión: "Si el nacimiento de Jesús de la Virgen fue natural, presumiblemente comenzaría con la división espontánea de un óvulo de María, lo que significaría que la criatura portaría un par de cromosomas X, y, por tanto, sería mujer". No obstante esta contradicción, Ruse se muestra indudablemente conciliador, pues concluye afirmando que, "tanto desde el punto de vista de la ciencia como del de la religión, si entender el darwinismo incluye la evolución natural de la vida a partir de la no vida, no hay razón para pensar que eso imposibilite tener creencias cristianas".

En opinión de quien esto escribe, los razonamientos que utiliza Ruse en este libro no muestran la misma solidez y capacidad de convicción que el resto de su obra, y es muy probable que muchos darwinistas, y otros tantos cristianos, se sientan insatisfechos ante el intento del prestigioso filósofo evolucionista por conectar ambas visiones y aportar avances en esta apasionante y acalorada cuestión. Seguimos a la espera de más luz ¿divina?

* Profesora Titular de Fisiología Vegetal. ULL

Este artículo es una colaboración del Aula Cultural de Divulgación Científica (ACDC) de la Universidad de La Laguna. Coordinación: José María Riol Cimas.



REJADAS

ME BASTA CON VER A SU PADRE

EUSTAQUIO TREJO

Lo confieso. Como todo buen bedel, soy un mirón, un "voyeur". 33 años viendo desfilar mozos, mozas, jóvenes, jóvenes, adolescentes, galletones, guayabitos, guayetes. 33 años viendo pasar profesores de todo pelaje y condición. 33 años abriendo la puerta a muchas madres y a algún padre. 33 años sin ver apenas auto-

ridades, porque ellos pasan por los institutos como los generales por los cuarteles -nunca o casi nunca- y cuando lo hacen avisan antes para que la tropa haga zafarrancho y la apariencia engañe.

A lo que íbamos, que 33 años me dan cierta capacidad para entender a primera vista lo que hay detrás, quién es listo, o se pasa, quién es tonto, o se lo hace, quien respeta, quien ofende, quien trabaja,



ja, quien se escaquea, quien se ocupa, quien se pre-ocupa, quien se des- pre-ocupa.

Por eso puedo decir que en educación no tienen la palabra quienes deberían tenerla -profesores y alumnos- y que de educación sólo hablan las autoridades, los representantes, los teóricos, los técnicos, los que no pisan nunca un aula, los que huyen de ella. Que de educación hablan hasta los periodistas, aunque no he visto a ninguno que se moleste en pasarse una mañanita en-

tera en un centro para verlo que aquí se guisa.

Digo esto porque he visto pocos padres en octubre, y muchos en mayo, y recuerdo a don Antonio Machado -me hubiera gustado ser bedel suyo en Soria, o en Baeza- y a su apócrifo, Juan de Mairena, cuando recibía la visita airada de algún padre de familia que venía a reprocharle que suspendiera a su hijo por la jeta. Mairena, que era un sabio, le respondía asombrado: ¡Me basta con ver a su padre!

Y que conste que hoy día doña Milagritos Brito -me basta con verla para oler el desprecio que siente hacia los profesores, para calificarla de insolente- habría ordenado que le abrieran expediente a don Antonio, por jacobino, por republicano, por cochino, por fumador, por enamorarse de una niña, por no saber pedagogía de salón, por osar pedir la homologación, con o sin leche.

Lo dice un mirón, un "voyeur", un bedel, con 33 años de experiencia.